UNA ALIANZA DE BODA



La mezquindad de la guerra obligó a refundir el oro de un anillo de duelo retorcido por el tiempo. Debido a la naturaleza imprevisible del calor, del metal y de las aleaciones desconocidas, la petición fue desafiante. Así que el nuevo anillo, no importa por qué, no tendría el mismo oro del vetusto ancestro.

El valor particularmente atávico de la joyería está en su simbolismo. El viejo anillo encarnaba el duelo, el nuevo anillo la vida, su genética fue una mezcla de ambos. Porque la alianza de antepasados remotos con generaciones inmediatas y futuras, transmite a través de las edades la energía, costumbres y formas arcaicas de vida, ''hasta que la muerte nos separe''.

Un día de otoño del año cincuenta, el anciano maestro inició el complejo proyecto artesanal. Quizá este sea el último se dijo, el tiempo es escaso y oneroso. Su cuerpo era un fardo seco tras la siega de la pasada primavera. Incluso la fiebre que abriga los almiares de heno ardía en su interior. La hierba húmeda y la fermentación bacteriana fueron suficientes para iniciar fuego espontáneamente.

El invierno arreciaba, los viejos huesos lo sufrían. Aún madurando el diseño en una desvelada noche pensó: *Nunca somos libres! La naturaleza nos atrapa y nos inserta sin consentimiento en un proceso llamado vida. Obligados a luchar por alcanzar y defender posiciones insostenibles en el tiempo... o morir. Pero al final de todos los retos, desafíos y vanos esfuerzos, el único premio es la muerte, y con ella nuestra libertad.*

Su mente que retozaba en un paraje de su juventud, le pareció escuchar los latidos de su corazón, pero era solo la tenue voz de la alborada musitando una plegaria... *deja que se iluminen las tierras, el tiempo vuela, la noche huye.*

Reposó sus codos sobre el tablón de diseño, el entrecejo fruncido, los labios ajustados. Sus gafas reflejaron el momento de inspiración, con maestría sustituyó las ideas por códices en el papel. Aún así hubo modificaciones y ajustes, para garantizar el equilibrio y la belleza de la peculiar sortija.

El sello del Rey David fue el diseño elegido. Triángulos que figuran la unión de polos opuestos. El breve pasaje de la vida a la muerte, de los ardores mundanos a los cánticos en horas canónicas. La preferencia de jerarquías orientó la alianza de triángulos en una estrella, para fundir en equilibrio perfecto el hombre y el creador.

Pero el anciano maestro triplicó el hexagrama en el espacio. Tres estrellas de seis puntas que suman 666. Luego trazó cuatro canales y una dupla de tres agujeros para encauzar los cuatro vientos divinos. El diamante domina la estrella central como instrumento de la perfección, la voluntad y el triunfo material. A los costados los zafiros, símbolo de los cielos, la verdad, la sabiduría y la paz. Juntas invocan el principio y el fin de los tiempos, la destrucción de toda atadura con el mundo material y espiritual.

En la sucesión de tareas la cera dio paso al fundido en el horno del taller, y la permuta, el esperado pulido hasta obtener el fulgurante lustre del oro. Finalmente con la ventisca y el frío, la mórbida calidad de la nieve arrimó las piedras preciosas a la montura. Sus garras atraparon el diamante y los zafiros...

El mes escapó sin traspunte, y a la víspera del año nuevo el anciano maestro era un fuego extinto. Junto a la chimenea, al menos una docena de sombras "In memoria aeterna" tomaron té. Con el último repaso y pulido finalizaron el arduo proceso, y dieron vida a la joya magistral.

Favorecida como legataria en la posesión del talento del testador, su perfección será hito de comparación para los ordinarios de su especie. En la banda interior se talló su identidad. Birmingham fue su cuna, gitano sería su linaje, tres piedras su nombre, 18 karat su pureza y 1951 su partida... Seis años después, Dios me dio la vida.

Daniel Trinidad

02 abril 2016 12:18 p.m. ©